

0109-98560

PQ 4318

P4

v. 3

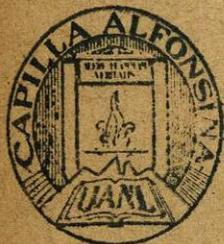
---

ESTA TRADUCCIÓN SE PUBLICA  
CON AUTORIZACIÓN DE SU AUTOR.

---

# EL PARAISO

—♦♦—  
CÁNTIGA TERCERA



FONDO LITERATURA

# EL PARAÍSO

---

## CANTO PRIMERO

---

Después de invocar á Apolo, describe el Poeta cómo desde el Paraíso terrenal se levantó hacia el primer cielo, y cómo Beatriz respondió á algunas dudas que se le ocurrieron.

De la gloria los orbes están llenos  
del que todo lo mueve, y esa esplende  
en una parte más y en otra menos.

Yo en el cielo, do más su luz se extiende  
estuve; y cosas vi que revelarse  
nunca podrán por quien de allí descende<sup>1</sup>.

Porque nuestro intelecto al acercarse  
á lo que anhela más, se engolfa tanto,  
que en pos no puede la memoria alzarse.

Mas cuantos acopiar del reino santo  
en mi mente tesoros he podido,  
ora han de ser materia de mi canto.

¡Oh buen Apolo!² El estro yo te pido  
que, de la inspiración llenando el vaso,  
merece el bien de tu laurel querido.

Hasta aquí la una cima del Parnaso  
 asaz me fué: las dos<sup>3</sup> hoy necesita,  
 para acabar la empresa, hollar mi paso.

Con el fuego que hubiste mi alma agita  
 cuando á Marsias tu cólera irritada  
 de los miembros la túnica le quita<sup>4</sup>.

Si me ayuda tu voz, virtud sagrada,  
 del imperio á decir alto y benigno  
 la sombra que en mi mente está grabada,

acaso el árbol de tu afecto signo<sup>5</sup>,  
 sobre mi humilde sien los ramos venza,  
 de que tú y el asunto me haréis digno.

Si vate ó César de sus hojas trenza  
 tan rara vez, ¡oh padre! una corona,  
 es del flaco mortal culpa y vergüenza.

Que la cumbre risueña de Helicon  
 que ría es bien, si la Penea rama<sup>6</sup>  
 sediento alguno de alcanzar blasona.

Leve chispa encender puede gran llama:  
 quizá de Cirra<sup>7</sup> implorarán las luces  
 ecos, tras mí, más dignos de la fama.

Lucerna del mortal<sup>8</sup>, tú le conduces  
 por más puertas la luz: mas por aquella  
 que cuatro cercos ata con tres cruces<sup>9</sup>,

con más buen curso y con mejor estrella  
 conjunto sale el sol, y en la mundana  
 cera más á su gusto imprime y sella.—

Hecho había acá noche, allá mañana  
 desde esa<sup>10</sup>, y uno en sombra se cobija,  
 y otro hemisferio en blanco se engalana,

cuando á Beatriz mirando vi prolija,  
 y al lado izquierdo vuelta<sup>11</sup>, al sol derecho  
 ¡águila nunca así le vió tan fija!

Como retorna al alto, rayo hecho  
 por fractor que al primero se le opuso,  
 cual viajero que vuelve al patrio techo;

así del acto de Beatriz, infuso  
 por la vista en mi mente, nació el mío;  
 y al sol miré, como en mortal no es uso.

Mucho es lícito allá, no dado al brío  
 del hombre que respira espacio en torno  
 propio á los actos de su sér natío:

yo lo bastante resistí el bochorno,  
 para verle chispear en ígnea sede,  
 como fierro al salir rojo del horno.

Y luz cual si juntárase sucede  
 día con día: cual si ornado hubiera  
 el cielo de otro sol *aquel que puede*.

Fija en las ruedas eternas era  
 con la vista Beatriz: la mía ardiente,  
 de acá lejos<sup>12</sup>, en ella toda entera;

y en su interior tan hondo entró mi mente,  
 como, al gustar la hierba, en el salado  
 glauco á ser divo entre la diva gente<sup>13</sup>.

La transhumanación pintar no es dado  
á simple voz; pero el ejemplo baste<sup>14</sup>  
á quien gozarla el cielo ha reservado.

Si era sólo de mí lo que creaste  
último allí<sup>15</sup>, lo sabes tú que riges  
¡oh amor! el cielo al cual me levantaste.

Cuando la rueda que eternal diriges,  
ansiado sér, llamó la atención mía,  
con el orden que arreglas y corriges;

tanto espacio juzgué que se encendía  
con la llama del sol, que tan extenso  
lago nunca formó torrente ó ría.

La novedad del són, el brillo inmenso,  
á investigar la causa me provoca  
con afán, que mayor sentir no pienso.

Ella, que cual yo mismo en mi alma toca,  
por aquietar mi espíritu conmovido,  
antes de yo decir, abrió la boca

y comenzó:—Tú mismo te has tupido  
con tu falso pensar, y así no atinas  
cual si hubieras tus brumas sacudido;

que no en la tierra estás como imaginas,  
y el rayo de su casa<sup>16</sup> disparado  
no corre como tú que allá caminas.—

Si mi primer dudar fué desatado,  
con su dulce sonrisa y breve acento,  
aquí en otro mayor me vi enredado;

y dije:—Del asombro ya contento  
se alivia el corazón: mas ora admira  
sobre estos cuerpos leves<sup>17</sup> mi alzamiento.—

Y ella, al oirme, de piedad suspira,  
y en mí se fija con aquel semblante  
que pone madre en hijo que delira;

y empieza:—Cuanto existe, orden constante  
va guardando entre sí, y esta es la forma  
que á su Dios hace al orbe semejante.

Aquí los altos seres ven la horma  
del eterno poder, final destino  
á que cuanto estás viendo se conforma.

Toda natura, en ese orden divino,  
tiene hacia su principio impulso abierto,  
más ó menos, según le está vecino.

Y así navegan, y á diverso puerto,  
por el mar del gran Sér, va cada una,  
con el instinto que le dan de acierto.

Ésta conduce el fuego hacia la luna:  
mueve aquélla al amor á los mortales:  
esa la tierra en sí tupe y aduna,

ni á las criaturas sólo irracionales;  
mas de ese arco también alcanza el tiro,  
á los de amor y de intelecto iguales.

La providencia, que une tanto giro,  
quieto mantiene con su lumbre al cielo  
por quien al más veloz moverse miro<sup>18</sup>.

Ora, cual fin ya dado á nuestro anhelo,  
nos lleva allá el vigor de aquella cuerda<sup>19</sup>  
que el tiro envía á celestial señuelo.

Cierto que, como á veces no concuerda  
con lo que forja, la intención del arte,  
porque á prestarse la materia es lerda,

también de ese camino se departe  
á veces el mortal, que arbitrio encierra  
de doblarse oprimido hacia otra parte;

y cual cae de nube el fuego á tierra,  
cae, vencido el ímpetu primero,  
al mentido placer que le dió guerra.

No debe serte, pues, si bien infero,  
más raro tu ascender, que la carrera  
de un río de alto monte á humilde otero:

quedarte abajo sí que raro fuera,  
de toda carga exentos los enojos,  
cual sin subir al aire viva hoguera.—  
Dijo, y de nuevo al cielo alzó los ojos.

## CANTO II

Llega DANTE al cielo de la luna, donde Beatriz, reprobando su opinión sobre las manchas que aparecen en ella, le descubre la que ella supone verdadera causa, y le explica todo el orden de las esferas celestes, según los conocimientos de los contemporáneos de DANTE.

¡Oh los que en breve leño vais á sogá,  
ansiosos de escuchar, así traídos  
por mi barquilla, que cantando bogal

Volved las cañas á los patrios nidos;  
no entréis en altos mares sin mesanas,  
que habréis de ser, si me perdéis, perdidos.

Nadie sulcó estas aguas soberanas:  
Febo y Minerva danme sus destellos,  
y muéstranme las Osas<sup>1</sup> nueve hermanas.

Vosotros pocos, que temprano el cuello  
enderezasteis hacia el pan divino<sup>2</sup>  
que aquí mantiene sin saciarse de ello,

meter podéis, sin miedo, el corvo pino  
en el golfo, mi estela dilatando  
por el agua que en pos borra el camino.

Ora os vais á asombrar más que aquel bando,  
glorioso en Colcos, asombróse un día  
de ver al gran Jasón la tierra arando<sup>3</sup>.

La concreada sed que eterna ansía  
el deiforme reino, con presura  
cual la del cielo mismo me ascendía.

Vía en lo alto Beatriz: yo en su hermosura,  
y es menos tarda acaso en ajustarse  
y en partir de la nuez flecha segura,

que yo en verme, y mi vista en dilatarse  
en portentoso cuadro: entonces aquella,  
á quien nada en mi sér puede ocultarse,

vuelta á mí, tan alegre como bella,  
díjome:—Á Dios te eleva agradecido  
que ora nos pone en la primera estrella<sup>4</sup>.—

Aquí pensé de nube estar ceñido  
sólida, espesa, en luces infinita,  
casi como del sol diamante herido.

Dentro de sí la eterna margarita  
nos recibió, cual agua que recibe  
rayo de luz que el terso no le quita.

Si en carne era yo allí, no se concibe  
cómo es que no sentí la impresión dura  
que al dar un cuerpo en otro se percibe.

« Crecer por eso debe nuestra arsura  
de ver la esencia en que se ve y entiende  
cómo se une con Dios nuestra natura.

Veráse allí lo que por fe se aprende,  
sin prueba, por sí mismo demostrado,  
cual verdad que *á priori* se comprende.

Yo respondí:—Con cuanto ardor me es dado,  
en mí de gratitud torrentes nacen  
al que del bajo mundo me ha sacado.

Mas ¿qué son esas manchas que desplacen  
de este cuerpo en el disco, y en la tierra  
el cuento de Caín inventar hacen<sup>5</sup>—

Sonrió breve, y luego:—Porque yerra  
(me dijo) la opinión de los mortales  
do la llave del juicio no abre y cierra,

no debes tú de asombro dar señales;  
que hasta de la razón el vuelo recto  
achican los sentidos terrenales.

Mas de eso, di, ¿qué piensa tu intelecto?—  
Y yo:—Lo que de aquí se muestra vario,  
de cuerpo denso ó ralo juzgo efecto.—

Y ella:—Del juicio tuyo lo falsario  
pronto verás, si tu atención se atiende  
al argumento que te haré contrario.

Astros el cielo octavo<sup>6</sup> asaz contiene,  
cuya diversa mole, luz y esfera  
del que lo observa á conocerse viene.

Si de lo denso ó ralo eso naciera,  
en más, menos ó idénticas porciones  
á todos una ley sola rigiera.

Mas principios de varias condiciones  
efectos varios dan, y fuera de uno,  
á esos tuyos destruyen tus razones.

Si la causa además de aquello bruno  
fuera; cual piensas, la materia clara,  
ó de la suya propia fuera ayuno

aquel planeta, ó cual lo craso pára,  
con lo magro alternando, en cuerpo humano,  
las hojas de su tomo<sup>7</sup> así cambiara.

Mostrarte lo primero pueden llano  
los eclipses del sol, pues pasaría  
su luz, siendo la luna cuerpo vano.

Y como no es así, la razón mía,  
si lo segundo á refutar llegase,  
por el suelo tus juicios echaría.

Si asientas, pues, que el rayo no traspase  
ese diáfano, es que hay punto de donde  
opuesto cuerpo impídele que pase;

y allí el rayo refleja, y corresponde,  
cual refleja el color cristal pulido  
que detrás de su luna plomo esconde<sup>8</sup>.

Ora dirás que el rayo obscurecido  
se muestra más aquí que en otra parte,  
porque el refracto más adentro ha sido.

Si quieres de esa instancia<sup>9</sup> libertarte  
con fácil prueba, la experiencia ensay  
fuente de toda humana ciencia y arte.

Tres espejos prepara, y pon de laya  
dos á iguales distancias, que al tercero  
tu vista por los dos más lejos vaya.

Haz que á tu espalda enciéndase mechero,  
cuya luz en los tres brille, tornando  
á ti por todos su reflejo entero;

y el más distante le verás brillando  
con menos ancha luz, pero tan viva  
cual la que está en los otros refractando.

Ora como al calor del aura estiva  
de la nieve se funde el elemento,  
y del color y frigidez se priva,

pues así ves quedar tu entendimiento,  
con luz quiero ilustrarle tan vivace,  
que de ella inunde hasta el más hondo asiento:

gira en el cielo de la eterna pace<sup>10</sup>  
cuerpo<sup>11</sup> cuya virtud en sí alimenta  
el sér de todo cuanto dentro yace;

y el que sigue<sup>12</sup>, que tanto faro ostenta,  
la reparte en esencias diferentes,  
distantes sí, más que en su cerco cuenta.

Los otros cielos por variadas fuentes  
van á sus varios fines, disponiendo  
la diversa virtud de sus simientes.

Órganos, pues, del mundo, así ejerciendo  
proceden, como ves, de grado en grado,  
dando abajo, y de arriba recibiendo.

Ora me atiende bien, ya que encontrado  
por mí de la verdad ves lo sencillo,  
porque sigas después tú solo el vado.

Son los astros, su santo curso y brillo,  
de benditos motores obra bella,  
como del Fabro el arte del martillo;

y el cielo, hermoso así con tanta estrella,  
toma de la alta mente que le mueve  
la Imagen, y después graba con ella;

y como el alma en vuestro polvo leve,  
por cada propia arteria, conformada  
á diversas funciones, se renueve;

la inteligencia, así multiplicada  
por las estrellas, su bondad despliega,  
girando en su unidad, siempre guardada.

Virtud varia variadamente juega  
en el preciso cuerpo en que centila,  
y como en ti la vida, en él se apega;

y porque de jocundo sér destila,  
por entre el cuerpo su virtud trasluce  
cual la alegría por vivaz pupila.

Tal es lo que variado aspecto induce,  
no lo diáfano ó denso, en cada faro;  
y esa es la causa madre que produce  
conforme á su bondad lo turbio y claro.—

### CANTO III

En la luna se ven las almas de los que faltaron á sus votos religiosos, por lo que gozan menos grados de gloria en el cielo que todos los demás espíritus. Muéstrase al Poeta Picarda Donati, y le disipa algunas dudas acerca de la condición de los bienaventurados. Después le cuenta cómo la hicieron fatal violencia para arrancarla del monasterio, y por fin le habla de la emperatriz Constanza, que resplandece cerca de ella.

El sol que antes de amor me escaldó el pecho,  
probando y refutando, conocida  
la hermosa faz de la verdad me ha hecho;

y yo, por confesarme alma vencida,  
en quien ya convicción firme se asienta,  
puse, cual para hablar, la frente erguida.

Mas tan grata visión se me presenta,  
y me estrecha por verla afán tan hondo,  
que de mi confesión perdí la cuenta.

Como de vidrio transparente y mondo,  
ó bien de linfa nítida y tranquila,  
no tan profunda que se pierda el fondo,

refleja nuestra imagen y vacila  
tan difusa, que perla en blanca frente  
no viene á herir mejor nuestra pupila;

así vi pronta á hablar alguna gente  
que me hizo dar en el engaño opuesto<sup>1</sup>  
al que produjo amor entre hombre y fuente.

Y mis ojos, no bien reparé en esto,  
creyendo que espejados cuerpos eran,  
por saber de quién fuesen, volví presto.

Mas nada hallé, y alcélos á que vieran  
los celestiales de mi santa guía,  
y los vi que entre risa relucieran.

—No te sorprenda la sonrisa mía  
(dijo) si tu pueril simpleza noto:  
aun no huella tu pie la firme vía:

ya vas cual sueles por camino ignoto.  
Substancias verdaderas apartadas  
aquí son esas por romper su voto.

Habla y oye á las dulces relegadas;  
que la luz que su suerte hace dichosa,  
con lazo de placer las tiene atadas.—

Y yo, á la que juzgué más deseosa  
de hablar, me allego, y mi impaciencia exclama  
cual hombre á quien vehemente anhelo acosa:

—¡Oh bien creado espirtu, que á la llama  
de eterna vida, la dulzura sientes  
que sólo quien la prueba entiende y ama!

De dulce agrado me será que cuentes  
quién fuiste, y cuál de tu existencia el norte.—  
Y ella con ojos respondió rientes:

—No nuestra caridad será que acorte  
vuelo á un justo deber que es como aquella  
que semejante á sí quiere su corte<sup>2</sup>.

Yo viviendo, en clausura entré doncella,  
y si tu mente su viveza aun guarda,  
no ha de ocultarme á ti verme más bella;

que bien conocerás que soy Picarda<sup>3</sup>,  
que, puesta aquí con estos bien nacidos,  
beata soy en la esfera la más tarda<sup>4</sup>;

pues los afectos nuestros encendidos  
sólo en dulzuras del Espirtu Santo,  
se gozan en su suerte embebecidos.

Este bien, que parece corto tanto,  
nos es dado por dudas vacilantes,  
ó de los votos nuestros por quebranto<sup>5</sup>.—

Y yo:—En vuestros bellísimos semblantes  
no sé qué resplandece de divino,  
que el modo os cambia en las facciones de antes.

Tarde por eso el recordar me vino:  
pero me ayudan tus acentos claros,  
y facilitan del acierto el tino.

Mas, dime, los que aquí miro extasiaros,  
¿deseáis puesto de mayor valfa,  
por ser más, ó por serle á Dios más caros?—

Y con las otras almas sonreía  
ella, y me respondió después tan leda,  
que pensé que en primero amor ardía:

—La voluntad, hermano, nos aqueda  
fuerza de caridad, que hallar nos hace  
grata sólo la suerte que nos queda.

Si ardiéramos por ver luz más vivace,  
fuera entonces contraria nuestra arsurá  
al gusto del que aquí vivir nos hace;

ni cabe en estos cercos de ventura;  
que hervir en caridad aquí es forzoso,  
si observas bien su divina natura;

y esencia es de este sér, que Dios bien quiso,  
nunca apartarse del divino agrado,  
siendo á su voluntad siempre sumiso.

El morar, pues, así de grado en grado  
por este reino, place al reino entero,  
y al Rey que su querer nos ha inspirado.

Su voluntad es nuestro bien primero,  
y ese es el mar do lo infinito acude  
de que natura y ella son venero.—

Que paraíso es todo el cielo pude  
de aquí inferir, aunque á su vez la gracia  
la dicha en vario modo alterne y mude.

Mas cual suele ocurrir, cuando reacia  
es tu boca á un manjar y otro te excita,  
que de éste pides más, si aquél te sacia,

así hice yo: y mi voz y acción se agita  
porque ella me descubra de qué tela  
rota, sin acabar, soltó la pita.

—Puro y santo vivir (me dijo) enciela  
más alto á una mujer<sup>6</sup>, á cuya norma  
en el mundo hoy se vive, y viste, y vela,

para que, al deponer la mortal forma,  
se viva en el Esposo sin mancilla,  
si el voto con sus leyes se conforma.

Dejé por ella el mundo jovencilla:  
vestí su ropa, y de su regla suave  
la vía prometí seguir sencilla.

Hombres luego, en que mal más que bien cabe<sup>7</sup>,  
me sacaron del dulce claustro afuera:  
¡cuál de allí fué mi vida, Dios lo sabe!<sup>8</sup>

Esotra que tus ojos ven, lumbrera  
á mi derecha mano reluciente  
con todo el esplendor de nuestra esfera,

el mismo mal que yo sufrió inocente:  
fué hermana, y arrancáronla sin duelo  
también las sacras vendas de la frente.

Mas cuando fué devuelta al libre suelo  
contra su gusto y ley y buena usanza,  
nunca del corazón apartó el velo.

La luz es esa de la gran Constanza<sup>9</sup>,  
que del segundo viento de Suave,  
parió el tercero y la postrer pujanza<sup>10</sup>.—

Así me habló, y después empezó el *Ave*,  
y *María* cantando, disipóse<sup>11</sup>  
como en agua profunda cuerpo grave.

Y el ver mío, que en verla deleitóse  
mientras pudo, no bien la hubo perdido,  
á cosa de más grande amor volvióse.

Y en Beatriz quedó todo absorbido:  
mas ella aquí lanzó tal fulgimiento,  
que de la vista me apagó el sentido,  
y eso en el demandar me hizo más lento.

## CANTO IV

---

Dos dudas agitan igualmente el ánimo del Poeta: la primera es acerca de la doctrina de Platón, que afirma que todos los espíritus vuelven á las estrellas de que han salido. La segunda es porque si la violencia quita la libertad, y por consiguiente la culpa, se les disminuye parte de la gloria á aquellas almas obligadas á romper sus votos. Beatriz lee en DANTE estas dudas, y le sale al encuentro esclareciéndolas. Éste la pregunta si los votos pueden compensarse con otras buenas obras.

Cual hombre que entre dos manjares siente  
á igual distancia el gusto igual abierto,  
que antes muere que en uno clave el diente:

cual recental se queda medio muerto  
entre uno y otro lobo enhambrecido:  
cual can que entre dos gamos se está incierto ;

así yo, por callarme suspendido  
por dos dudas iguales, ni me acuso,  
ni alabo; que otra cosa no he podido.

Callaba, y en mi rostro estaba infuso  
todo el deseo, y la demanda mía,  
con más viveza que en hablar profuso.

Hizo Beatriz lo que Daniel un día  
de Nabuco la cólera calmando,  
en él simiente de crueldad impía<sup>2</sup>.

—Yo bien veo (exclamó) que estás fluctuando entre un deseo y otro, y la apretura de los dos tu impaciencia está acallando.

Tú argumentas: si el justo querer dura, ¿por qué violencia que exterior domina, del merecer me acorta la dulzura?<sup>3</sup>

Y hasta parece que á dudar te inclina, que á los astros toda alma se revierte, si de Platón se sigue la doctrina.

Esas tus dudas son, y de esa suerte al par te asaltan; con que voy primero la que te amarga más á resolverte.

El serafín de más celeste fuero: Moisés, Samuel: el Juan que tú prefieras<sup>4</sup> (y de María misma hablar no quiero),

no moradores son de otras esferas que esas almas que viste há breve instante, por estancias más tardas ó ligeras<sup>5</sup>.

Todas el primer cielo hacen brillante, y diferente gozan dulce vida, según sienten de Dios el soplo amante.

Ni estancia, las que viste, repartida tienen aquí: mostráronse por signo de la celeste de menor subida<sup>6</sup>.

Tal lenguaje os conviene así benigno; que sólo por lo externo el hombre aprende lo que es después de su intelecto digno.

Por eso, á estar á vuestro alcance tiende la escritura; y al darle planta y mano á Dios, otro sentido en sí comprende.

Así la Iglesia, con aspecto humano á Gabriel y á Miguel os representa, y al otro que á Tobías tornó sano<sup>7</sup>.

Lo que Timón<sup>8</sup> del ánima argumenta, no es del modo que aquí ves por figura, pues parece que expresa lo que intenta.

Y dice que á la estrella el alma pura vuelve de donde juzga que ha salido, cuando forma mortal la dió natura.

Ó tal vez es diverso su sentido del que aparece, y guarda una enseñanza, por la que ser no debe escarnecido.

Que si lo torpe ó digno de alabanza de estos globos lo achaca á influjo y arte, á lo cierto su tiro en algo alcanza.

Ese principio, mal seguido en parte, perturbó al mundo casi todo, y aras levantó á Jove y á Mercurio y Marte<sup>9</sup>.

La otra duda resultas<sup>10</sup> no tan caras tendría, pues no tanta es su malicia, que por ella de mí te separaras.

Que á la vista mortal nuestra justicia se muestre como injusta, es argumento de fe, mas no de herética nequicia.

Mas como del humano entendimiento  
y su medida esta verdad no sale,  
en lo que anhelo quedarás contento.

Pues que violencia no hay mientras no iguale  
á la externa presión la resistencia,  
esa excusa á estas ánimas no vale.

Que es del que quiere invicta la potencia,  
cual la llama del viento es al quebranto,  
cuantas veces la tuerce su violencia.

Que si la voluntad cede algún tanto,  
eso ayuda á la fuerza; y así han hecho  
éestas, volver pudiendo al lugar santo<sup>11</sup>.

Quisieran ellas con tan firme pecho  
cual Mucio<sup>12</sup>, inmoble en el carbón la diestra,  
como Lorenzo<sup>13</sup> en el ardiente lecho,

y habrían vuelto á la primer palestra  
tan pronto como hubieran libres sido:  
¡mas tan firme querer raro se muestra!

Con esta explicación, si la has seguido  
como debiste, el argumento cesa  
que te hubiera cien veces afligido.

Mas ora nueva duda se atraviesa  
tal á tus ojos, que tu mente humana  
sin otra ayuda sucumbiera opresa.

Yo grabé en ti como sentencia llana,  
que no puede mentir alma bendita,  
porque á la Verdad suma está cercana,

y oíste luego que Picarda cita,  
que siempre amó Constanza el primo estado,  
y eso mi aserto aquí desacredita.

Mas ocurre á menudo que, mal grado,  
por huir de un peligro, hermano mío,  
hacerse suele lo que hacer no es dado;

como Alcmeón<sup>14</sup> del padre al desvarío  
cedió, á su propia madre dando muerte,  
con que por ser piadoso hízose impío.

Sabe, pues, que el querer, cuando es de suerte  
que á la violencia paga algún tributo,  
de que no hay dable excusa nos advierte.

No el mal sufre un querer que es absoluto,  
mas algo le consiente, concediendo  
que, al retraerse, cae en mayor luto.

Entiende, pues, Picarda, así exponiendo,  
el completo: yo el débil albedrío;  
y los dos la verdad vamos diciendo<sup>15</sup>.—

Tal fué el dulce correr del santo río  
que de la fuente de verdad deriva:  
así dió paz al pensamiento mío.

—¡Oh con primero amor amada! ¡Oh Diva  
(dije yo luego), cuyo hablar ahonda  
este fuego que más y más se aviva!

No en mí es la copa del amor tan honda  
que te alcance á pagar gracia por gracia:  
¡quien todo puede y ve te correspondal

Bien sé que nuestra mente no se sacia  
si la verdad aquella no la ilustra  
por quien toda verdad crece y se espacia.

Si la alcanza, cual sierpe en su palustra  
se posa en ella, y alcanzarla estima;  
que si no, todo anhelo al fin se frustra.

Por eso, cual pimpollo, al pie se arrima  
de la verdad la duda, y es natura  
quien por lomas nos lleva hasta la cima.

Eso me mueve, pues, y me asegura  
á suplicarte humilde la probanza  
de otra verdad que me parece obscura.

Saber quisiera si á suplir alcanza  
quebrado voto, bien hacer bastante  
por su peso á inclinar vuestra balanza.—

Beatriz con rayo me miró chispeante  
de centellas de amor, y tan divino,  
que di la espalda á su fulgor triunfante,  
y los ojos bajé, cuasi sin tino.

## CANTO V

Respondiendo Beatriz á la demanda de DANTE, razona sobre la naturaleza del voto, y hasta qué punto liga éste al que lo hace, y cómo puede conmutarse. Después, volviéndose á la parte más luminosa del cielo, se echa á volar con su protegido hacia la esfera superior de Mercurio, donde gran multitud de espíritus beatos se agolpa alrededor del Poeta, y uno de ellos se ofrece á darle las explicaciones que le pida; Alighieri le pregunta quién es; y el espíritu, por el gusto de responderle, se aviva con tanta luz, que aquél no puede con sus ojos humanos resistirla.

—Si en el fuego de amor te centelleo  
con luz mayor de la que el hombre alcanza,  
y ciega así la de tus ojos veo,

no te asombres, procede esa pujanza  
de perfecta visión, que en cuanto aprende<sup>1</sup>,  
hacia el bien que aprendió, veloz se lanza.

Ya viendo estoy que en tu intelecto prende,  
y en él aquella eterna lumbre luce,  
que siempre amor, con sólo verla, enciende.

Que si otra cosa vuestro amor seduce,  
es sólo algún vestigio no bien noto,  
de esa lumbre eternal que allí trasluce.

Saber tú quieres si al fallido voto  
hay otra buena acción que supla tanto,  
que deje el hilo de la culpa roto.—

Así Beatrice comenzó este canto;  
y como quien no pára en lo que empieza,  
así prosigue en su discurso santo:

—El dón mayor que Dios en su largueza  
hizo al crear, la gracia más preciada  
por Él, la más conforme á su grandeza,

fué el de la voluntad libre formada,  
que á las criaturas sólo inteligentes,  
á ellas solas, y á todas, dar le agrada.

Juzga si en este don pones las mientes,  
del voto y su valor, si es hecho exacto<sup>2</sup>  
que Dios consienta cuando tú consientes;

que, al cerrarse entre Dios y el hombre el pacto  
el tesoro de que hablo<sup>3</sup> sacrifica,  
víctima voluntaria, por tal acto.

¿Con qué, pues, compensar joya tan rica?  
Juzgar buen uso el de lo ya ofrecido,  
por el que roba para dar se explica.

Ya el punto principal tienes vencido:  
mas pues la Iglesia el compensar no impide,  
y eso se opone á lo por mí vertido,

bien es que de tus dudas aun me cuide;  
que el manjar grave que en tu adentro lucha,  
fuerza de digerir mayor te pide.

Presta á lo que te digo atención mucha,  
y en tu interior lo graba, que no es ciencia  
oir sin retener lo que se escucha.

De sacrificio tal forman la esencia  
dos cosas: una, aquella que ofreciste;  
otra, del ofrecer la conveniencia.

La primera, en vigor siempre subsiste:  
no se anula jamás: de ello expedita  
explicación arriba ya tuviste.

Impuesto fué por eso al israelita  
ofrenda hacer, si á veces permutada  
ser podía: la historia así lo cita.

La segunda, *materia* nominada  
tal puede ser, que culpa allí no cabe  
porque sea en su forma permutada.

Pero que nadie el peso que le grave  
del hombro arroje á su querer, sin vuelta  
de la amarilla ó de la blanca llave<sup>4</sup>;

y que juzgue permuta mal resuelta,  
si la cosa suplida en la suplente,  
como el cuatro en el seis no se halla envuelta<sup>5</sup>.

Porque á cosa, de peso tan ingente  
que rinde por su prez toda balanza,  
compensación ninguna hay excedente.

Nunca el hombre sus votos tome á chanza:  
cumpla fiel lo que ofrezca; lo analice,  
no cual Jefe<sup>6</sup> votivo sin templanza,

á quien fuera mejor decir *mal hice*  
que hacer peor siguiendo<sup>6</sup>; y otro tanto  
digo del griego que Ilión maldice,

por quien el rostro de Ifigenia en llanto  
al necio y sabio inunda en lloro suave,  
tan ímpio culto oyendo en noble canto<sup>7</sup>.

Sea, cristianos, vuestro hacer más grave:  
no os mováis como pluma á todo viento,  
ni penséis que toda agua el vicio os lave.

Tenéis Nuevo y Antiguo Testamento,  
y al Pastor de la Iglesia habéis por guía:  
esto os basta al eterno salvamiento.

Si os grita más allá codicia impía,  
en hombre os convertid, no en mansa oveja,  
porque no os burle la maldad judía.

No cual cordero hagáis que la ubre deja  
de la madre, y fugaz, simple, lascivo,  
su propia imagen con la frente aqueja.—

Beatriz me dijo así, tal cual lo escribo,  
y volvióse después toda anhelante  
del universo al punto que es más vivo<sup>8</sup>.

Su callar, y el variar de su semblante,  
corta las alas de mi mente al vuelo,  
que nuevas dudas ya tiene delante.

Y tal como la flecha, que al señuelo  
antes da, que la cuerda se esté quieta,  
así llegamos al segundo cielo<sup>9</sup>.

Allí á mi dama vi brillar tan neta,  
cuando entró de esa esfera en lo luciente,  
que más radiante se tornó el planeta.

Y si mudóse el astro en más riente,  
¿qué me pasara á mí, que por natura  
mudable en todo soy tan variamente?

Como en pesquera sosegada y pura  
corren á lo que cae los bullidores  
peces, creyendo allí tener pastura,

así vi yo venir mil resplandores  
hacia los dos; y cada cual clamaba:  
*Ved quién acrecerá nuestros amores*<sup>10</sup>.

Y en cuanto cada sombra á nos llegaba,  
se la vía llenarse de leticia,  
en la fulgencia que de sí lanzaba.

Piensa, lector, si lo que aquí se inicia  
no llegara á seguirse, cuánta fuera  
de saber lo restante tu codicia;

y juzgarás por ti de qué manera  
saber ansiaba yo de ellas la historia,  
desque á mi vista aparecer las viera.

—¡Oh bien nacido, á quien de eterna gloria  
los tronos se permiten ver por gracia,  
aun de la humana lid sin la victoria!

La luz nos ilumina que se espacia  
por todo el cielo: si pues luz deseas  
tomar de nos, á tu placer te sacia.—

Uno así de esas almas empireas  
dijo; y á mí Beatriz.—Di, di sin miedo,  
y bien puedes creerlas como á Deas.—

—Que habitas en la propia luz ver puedo  
que expiden tus miradas brilladoras,  
y se acrece al reir tu rostro ledo.

Mas quién eres no sé, ni por qué moras,  
alma digna, en el grado de la esfera  
que otra vela<sup>11</sup> á la nuestra á todas horas.—

Estas palabras dije á la lumbrera  
que primero me habló; con que ella exulta  
aun más luciente de lo que antes era.

Como el mirar al sol se dificulta  
por harta luz, cuando el calor se come  
el templante vapor que dél resulta;

por más leticia, así desaparecióme  
dentro en su lumbrera la figura santa;  
y así, toda velada, respondiόμε,  
del modo que el cantar siguiente canta.

## CANTO VI

El alma que se había ya ofrecido á satisfacer los deseos de DAN-TE, manifiesta que es el emperador Justiniano. Refiere la historia del águila romana para mostrar sus divinos derechos, y la supone injuriada por los güelfos y por los gibelinos. Dice que en el cielo de Mercurio están las almas de los que se consagraron á adquirir una fama inmortal, y cuenta la historia de aquel Romeo, primer ministro que fué del conde de Provenza, Raimundo Berengario.

—Después que Constantino su alta insinia  
contra el curso del sol llevó, que anduvo  
antes detrás del que ganó á Lavinia<sup>1</sup>,

ciento y cien, y aun más años, se detuvo  
de Europa en el confín de Dios el ave,  
cercana al monte en que su nido tuvo<sup>2</sup>.

Y allí, á la sombra de sus plumas grave,  
al mundo gobernó de mano en mano,  
hasta que á mí la vez también me cabe.

César un tiempo fuí: soy Justiniano,  
que por querer del primo amor que siento,  
quité á las leyes lo sobrante y vano.

Y antes que fuese á su reforma atento,  
creía hallarse en Cristo una natura  
sola<sup>3</sup>; y viví con tal fe contento.